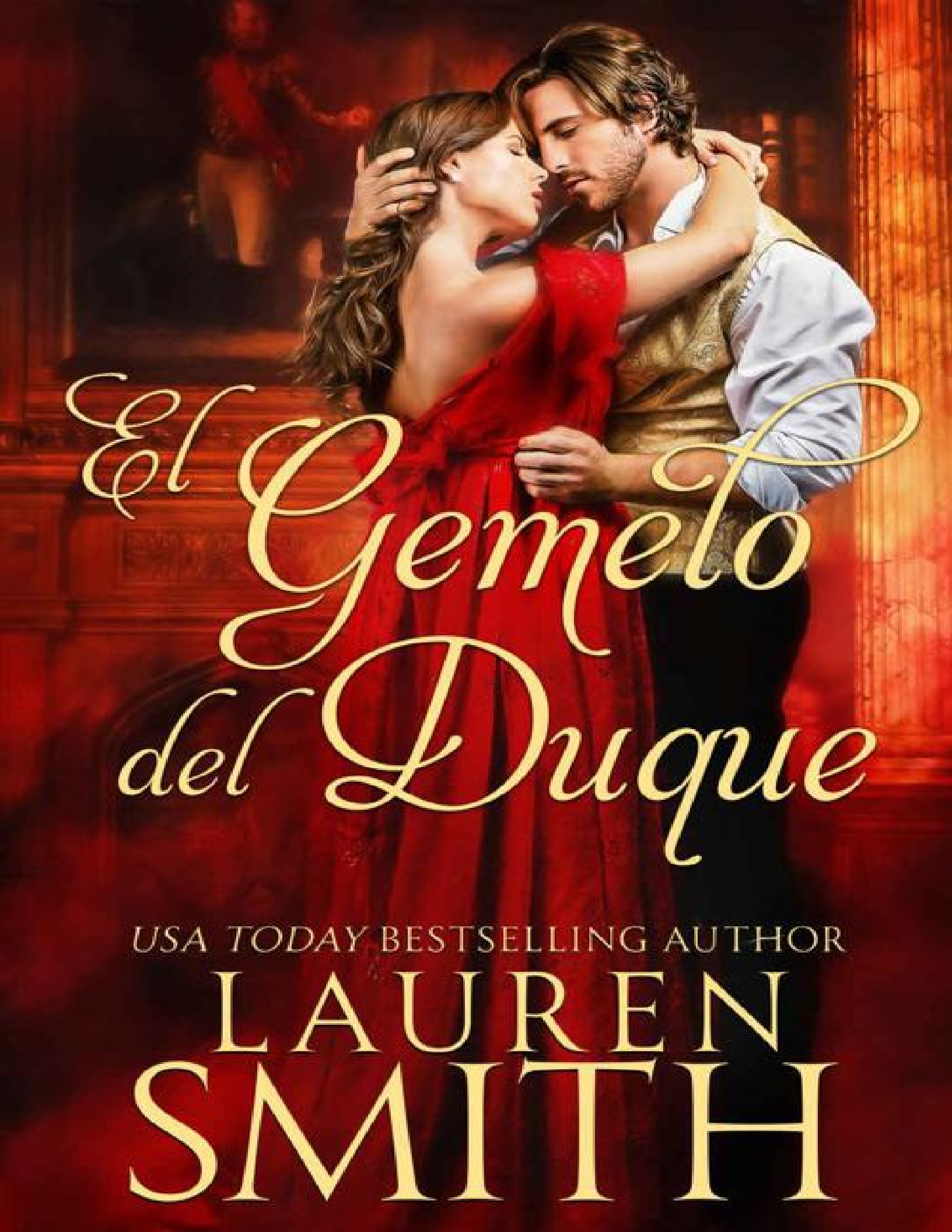

El Gemelo del Duque
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
LAUREN SMITH

El Gemelo del Duque

Lauren Smith

Traducido por

L. M. Gutez



Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5

Acerca del Autor

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos o bien son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera figurada, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o escenarios, es mera coincidencia.

Copyright por Lauren Smith

Traducción hecha por L.M. GUTEZ

Copyright Traducción 2024

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, el escaneo, la transferencia y el intercambio electrónico de cualquiera de las partes de este libro sin el permiso del editor, representa un acto de piratería ilegal y un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea utilizar material de este libro (que no sea para fines de reseña), debe obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en lauren@laurensmithbooks.com. Gracias por su colaboración en la defensa de los derechos del autor.

El editor no es responsable de los sitios web (o de su contenido) que no sean de su propiedad.

ISBN: 978-1-962760-53-9 (edición libro electrónico)

ISBN: 978-1-962760-54-6 (edición papel)

Capítulo Uno

Inglaterra, mayo de 1821

—Miles, tienes que salvarme.

Miles Beresford dobló los bordes de su periódico y se encontró con la agobiada mirada de su hermano gemelo, Justin, quien estaba de pie en la puerta del estudio de Miles. Aunque habían crecido juntos, aún lo conmocionaba encontrarse cara a cara con Justin, dado lo mucho que se parecían. Aunque habían nacido con sólo unos minutos de diferencia y eran idénticos, sus temperamentos no podían ser más diferentes.

Justin, el mayor, era todo decencia y bondad. Un hombre atractivo, un hombre agradable. Miles, en cambio… Se rio disimuladamente al pensar en cómo lo describirían los demás.

Indisciplinado, un sinvergüenza, un pícaro, malvado. Incluso era conocido por hacer que las mamás casamenteras se desmayaran cuando entraba en un salón de baile. Nadie podía negar que era muy bueno para los negocios, y cualquier inglés decente respetaba a alguien a quien se le daban bien los negocios.

—¿Salvarte, hermano? ¿Qué has hecho ahora? ¿Salvar una casa de huérfanos que ahora quieren que los adoptes a todos? ¿Rescatar un hogar de gatitos de un árbol para que ahora vivan bajo tu cama, manteniéndote despierto con sus llantos? ¿Llevar en brazos a una bonita damisela durante kilómetros bajo la lluvia después de que se torciera el tobillo, y ahora quiere casarse contigo?

Justin frunció el ceño, y sus ojos castaños oscuros no mostraron nada de su humor habitual ante la burla de Miles.

—Hablo muy en serio, Miles. Necesito tu ayuda.

Era normal que Miles se burlara de su hermano por ser un caballero ejemplar. Justin era el hermano mayor, el duque de Wiltshire. Ambos llevaban el apellido Beresford, pero cuando su padre había fallecido hacía cinco años, Justin se había convertido en el duque y, por lo tanto, todo el mundo, excepto Miles, lo llamaba lord Wiltshire o, si eran amigos muy cercanos, simplemente Wiltshire.

—¿Es grave, entonces? —si su sensato hermano realmente necesitaba algún tipo de rescate, entonces seguro que se trataba de un auténtico problema. Levantó una ceja y esperó a que su hermano se explicara. Por lo general, Miles era el que necesitaba ser salvado, lo que significaba, por desgracia, que le debía un favor a su hermano. O, mejor dicho, varias docenas. Había perdido

la cuenta con los años. Ese era el precio de ser el pícaro de la familia y no el caballero.

Justin se removió inquieto sobre sus pies.

—Tengo invitados que llegarán en breve.

—¿En la mansión Wiltshire? —preguntó Miles.

Como duque, Justin solía organizar fiestas en su casa, pero rara vez necesitaba ser rescatado de ellas. Era el tipo de hombre perfecto para organizar una deliciosa cena, una gala musical o incluso una vigorosa cacería de zorros. Esto hizo que Miles sintiera una infinita curiosidad por saber qué tipo de invitados infundirían temor en el corazón de su sociable y simpático hermano.

La expresión de consternación en su rostro llenó a Miles de curiosidad. Dejó el periódico sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante. El estudio estaba en silencio, el único sonido era el tictac del reloj en la repisa de la chimenea. Tal vez Miles había sido un pícaro, pero mantenía su finca, la residencia Beresford, ordenada y cómoda, aunque fuera una residencia de solteros. La mayoría de las veces, Justin venía a caballo desde la mansión Wiltshire por la mañana, y los dos compartían el desayuno y las novedades del día.

—Justin, ¿*por qué* necesitas ser salvado? Ya que fuiste tú quien los invitó, deberías ser capaz de lidiar con ellos. Sabes que no soy un buen invitado. Me aburren bastante las jovencitas inocentes. Ahora, si necesitas distraer a una viuda lujuriosa, estaré más que feliz de complacerte.

—Bueno, sí vendrán unas cuantas damas a casa, y necesito que me ayudes con ellas; pero me temo que nada de viudas lujuriosas —Justin se pasó una mano por el pelo oscuro, despeinándolo. Miles solía llevar el pelo un poco más largo de lo que estaba de moda, aunque sólo fuera para llamar la atención y causar escándalo.

—Oh, no, la última vez que me pediste que sedujera a una mujer para apartarla de tu camino, casi acabo casado con la hermana menor de Freddy Poncenby. ¿Tienes idea de lo que eso le habría hecho a un hombre como yo? ¿Casado con esa pequeña criatura pelirroja? Era demasiado callada para mi gusto, y su hermano es un famoso dandi. No puedo tener uno de esos en la familia. Un aburrimiento espantoso. La última cena en la que estuvimos, el hombre se pasó toda la comida hablando del corte del chaleco y la forma de doblar el pañuelo de cuello.

—¿Has terminado de quejarte? Estoy más que encantado de recordarte que estás en deuda conmigo, hermanito —había un toque de humor en los ojos de su hermano que no había estado allí antes. Esto hizo que Miles recordara cuando eran muchachos y Justin se enfurecía por algún plan que los había metido en problemas; un plan que a Miles se le ocurría a menudo y en el que Justin era lo bastante servicial como para participar. Sin embargo, cada vez que eran pillados, a Justin le brillaban los ojos y encontraba la forma de eludir tanto el disgusto de sus padres como su castigo.

—Hay cosas que no haré por ningún hombre, ni siquiera por ti —Miles intentó volver a prestar atención a su diario, pero Justin se inclinó hacia adelante y empujó el papel hacia abajo.

—Miles, no me hagas suplicártelo —la ansiedad oscurecía los ojos de Justin, despertando una preocupación en Miles. ¿Alguna vez su hermano había tenido que suplicar para obtener ayuda? Nunca. Eso por sí solo significaba que la cosa iba en serio.

Se reacomodó en el sillón que había estado ocupando.

—Muy bien, ¿qué debo hacer?

El rostro de Justin se relajó y ocupó la silla frente a Miles.

—La mansión necesita una buena fortuna para mantenerse. Me he retrasado en el pago de las deudas que me dejó padre.

Los dedos de Miles estrujaron el papel que había estado sosteniendo.

—¿Cuánto tiempo?

¿Su hermano no le había dicho que la casa de su infancia estaba en una situación financiera desesperada? Miles tragó el amargo sabor de su boca. Eran hermanos. Debería haber compartido esto con él. Miles había heredado una finca más pequeña, la residencia Beresford, que no tenía deudas, y desde entonces había hecho su propia fortuna. Siempre había supuesto que Justin había sido capaz de hacer lo mismo. Parecía que no, pero lo que le dolía era que no hubiera acudido en su ayuda cuando debería haberlo hecho.

Justin frunció sus cejas oscuras.

—Sé que debería haberte hablado de las deudas.

Un arrebato de ira se agitó en el interior de Miles.

—Sí, por Dios, deberías haberlo hecho. Somos hermanos, Justin. Éstas son exactamente el tipo de cosas en las que le pides a tu hermano que te ayude.

Justin se disculpó con un asentimiento de cabeza.

—Lo siento, Miles. No tuve el valor de admitirte que estaba faltando a mis obligaciones —Justin hizo una pausa—. Por eso he estado considerando la posibilidad de casarme con una heredera para asegurar el futuro de la mansión Wiltshire.

Miles se levantó de la silla y miró fijamente a su hermano.

—No estás *faltando* a tus obligaciones. Padre dejó la mansión con deudas. Pocos hombres tendrían suerte pagándolas por sí solos. Pero deberías haber acudido a mí. Podría haberte aconsejado sobre inversiones. ¿Ahora pretendes tirar por la borda tu felicidad y casarte por dinero? ¿Qué pasó con la idea de un matrimonio por amor? Siempre creíste en eso.

Un matrimonio por amor —o un matrimonio en absoluto—, era algo en lo que Miles nunca había pensado demasiado. Él y su gemelo tenían ahora treinta y cuatro años, una edad muy avanzada para la mayoría de los hombres casados. Pero como duque, Justin tenía el deber de casarse y engendrar al próximo duque de Wiltshire. Justin siempre había proclamado que se casaría por amor, ¿y ahora esa esperanza se esfumaba porque había caído presa del orgullo?

—No me mires así, Miles. Estoy dispuesto a sentar cabeza en cuanto encuentre a la mujer adecuada. La finca necesita cada céntimo de lo que mi futura esposa aporte al matrimonio. Estoy trabajando con los inquilinos tanto como puedo, pero necesitamos más para saldar lo que aún se debe a los acreedores de padre —Justin se frotó la mandíbula con una mano y luego se encontró finalmente con la mirada de Miles.

Miles frunció el ceño. Su padre había frecuentado los garitos de juego con demasiada frecuencia como para no haber afectado los fondos familiares. Los últimos cinco años habían sido un ejercicio tanto de dolor como de pánico mientras se adaptaban a la vida como duque y hermano de duque.

—¿Cuánto necesitas? Estaré encantado de dártelo —Miles no quería que Justin se casara con la primera mujer que encontrara con una gran dote y cuentas en Drummonds. Sólo porque Miles no creía en el amor no significaba que dejaría que su hermano sacrificara ese sueño.

—Sabes que no aceptaré dinero de ti, y la deuda es demasiado grande para que la compartamos —dijo Justin—. Además, como te he dicho, la ayuda que necesito tiene que ver con los invitados de Wiltshire durante la próxima semana.

—Ah, sí, los invitados misteriosos —reflexionó Miles—. Bueno, no me dejes en suspenso. Suéltalo.

Justin se relajó un poco, recuperando su antigua confianza.

—Cuando estuve en Londres la semana pasada, me presentaron a un hombre llamado señor Livingston. Es bastante rico y tiene dos hijas solteras. Se rumorea que una es una gran belleza y acaba de debutar.

—¿Así que has invitado a las dos herederas aquí este fin de semana? ¿A la hermosa y a la *otra*? Dime que la otra no se parece en nada a Pepper Poncenby —Miles rezó para no pasar toda la semana huyendo de una trampa matrimonial.

—No, nada que ver con la señorita Poncenby. Lydia y Rebecca son, según me han dicho, unas señoritas encantadoras tanto por su humor como por sus modales. Lydia es la más joven y bonita. No es que la haya elegido por su aspecto. Aún no he visto a ninguna de las dos. Es sólo que… —su hermano luchó por las palabras—. Cuando hablé con su padre, se le iluminaron los ojos al hablar de Lydia. Es inteligente, hermosa, capaz de dirigir una casa grande y disfruta de la sociedad como yo. Necesito eso en una esposa, alguien que se ocupe competentemente de los deberes de una duquesa.

Miles estaba de acuerdo. Un duque necesitaba una esposa con un conjunto muy particular de habilidades y una personalidad social.

—¿Y qué hay de la otra hija? ¿El padre habló de ella? —Miles sentía curiosidad por saber qué clase de dama tendría indudablemente a su cargo de algún modo.

—Por supuesto. Rebecca es tranquila y de carácter dulce.

—Suena terrible.

—No lo es, te lo aseguro. Di que me ayudarás, Miles.

Era difícil resistirse a la súplica de su gemelo, pero eso no significaba que tuviera que sonar ansioso por hacerlo.

—Muy bien, me esforzaré por ayudar. Entonces, ¿qué papel debo desempeñar en tu plan?

La cara de Justin enrojeció, signo de culpabilidad por excelencia.

—Bueno… quiero que nos hagamos pasar por el otro, como hacíamos de niños. Así podré conocer a ambas damas y descubrir cuál me conviene más sin que mi título influya en sus afectos. Estoy bastante seguro de que desearé casarme con Lydia, pero no quiero que ella conozca mi preferencia hasta que esté seguro. Quiero una esposa que me quiera por lo que soy, no una que busque el título de duquesa. Debemos permanecer cambiados todo el tiempo para que mi idea funcione.

La idea era divertida, Miles le daría crédito a su hermano.

—¿Así que yo haré de hermano primogénito y me convertiré en el duque de Wiltshire, y tú interpretarás al humilde Miles Beresford?

Justin enarcó una ceja.

—¿Humilde?

—*Increíblemente* humilde —bromeó Miles—. ¿Pero qué pasa si las damas se enamoran del hermano equivocado? Es probable que ambas se enamoren de *mí*. Soy el mejor hermano, después de todo, con o sin título.

Justin soltó una risita.

—Qué humildad. Además, ¿desde cuándo te arriesgarías a quedar atrapado en un matrimonio? Dudo que hicieras algo que pusiera en peligro tu soltería. Simplemente debes ser encantador, pero no *demasiado*. Te conozco, Miles. Tu reputación de libertino probablemente provocará ataques a las jóvenes y a sus madres. Así que sé amable con mis encantadoras invitadas. No rompas corazones, sobre todo porque me interpretarás.

—Muy bien, actuaré de caballero.

—Más te vale —dijo Justin.

Miles sonrió.

—Mi papel será fácil, pero ¿y el tuyo? Te verás obligado a actuar como yo, el libertino. ¿Qué pensarán de eso las pobres corderitas inocentes?

—Pensarán que, por primera vez, Miles Beresford muestra su mejor comportamiento. Cuando actúe como tú, seré un caballero irreprochable.

—Qué aburrido, hermano —dijo Miles, riendo—. Sabes, ser un poco perverso podría haceros algún bien a ti y a la joven que deseas.

Justin sonrió.

—Tal vez, pero es mi deber ser bueno.

Un deber, en efecto. Un deber que Miles se vería obligado a soportar durante toda una semana.

Un joven lacayo apareció en la puerta.

—Su Excelencia, he recibido un mensaje de la mansión Wiltshire. Sus invitados llegarán en unas horas.

—Gracias —Justin asintió al lacayo, quien desapareció de la vista, dejando a los hermanos solos—. Muy bien. Supongo que es hora de que te conviertas en duque, hermano —dijo con una sonrisa.

Una sonrisa sombría se dibujó en el rostro de Miles mientras seguía a su hermano fuera de la habitación. *Maldita sea, ¿en qué demonios me he metido?*

Capítulo Dos

Rebecca Livingston contempló la extensa finca de Wiltshire mientras el carruaje de su padre se detenía frente a la casa solariega. Estaba construida con hermosa caliza y tenía numerosas ventanas. La luz del sol se reflejaba en los cristales, recordándole la luz de un lago al amanecer. Era perfecto, el tipo de lugar en el que una duquesa esperaría vivir. No era que Rebecca tuviera intención de convertirse en duquesa. Ese era el futuro de su hermana menor, no el suyo.

Rebecca echaba de menos su casa en el campo. Tres meses en Londres le habían pasado factura. Los bailes, las danzas, las cenas. Era terrible tener que ser educada y conversar con docenas de hombres y mujeres a los que no conocía en absoluto. Quería paz y tranquilidad, encerrada en una biblioteca junto a una gran chimenea, leyendo libros de todo tipo, desde política y economía hasta escabrosas novelas góticas. O montar a caballo, detenerse en el campo y contemplar las nubes.

Pero su madre la había arrastrado a todos los compromisos sociales posibles esta temporada, en busca de una pareja adecuada para su hermana. Lydia había florecido en medio de tanta atención, pero tenía dieciocho años y su primera temporada era algo que había que celebrar.

Rebecca tenía veinte años y había terminado su tercera temporada sin esperanzas de encontrar pareja. Al menos, no una que ella consintiera. No era de las que cosechaban admiradores. Demasiado callada, demasiado estudiosa, demasiado… sencilla.

Al principio, las palabras susurradas que nadie creía que ella había oído la habían herido, pero ahora le importaban poco los pensamientos de los demás. Simplemente era ella misma y no se avergonzaba de ello. Una mujer que disfrutaba leyendo y tocando el arpa. Si encontraba a un hombre con el que valía la pena hablar, la conversación surgía con facilidad, pero no estaba dispuesta a malgastar palabras en temas insufriblemente aburridos como el clima o lo que hacían los amigos en común en Londres. Si nadie podía aceptarla tal como era, se quedaría sin marido. A su madre le daría un ataque de histeria, pero mamá sobreviviría. Mientras Lydia estuviera debidamente casada, eso distraería a su madre del deseo de Rebecca de tener libertad para hacer lo que quisiera.

Lanzó una mirada a Lydia, quien estaba sentada en el borde de su asiento, con los ojos azules desorbitados de placer y asombro mientras examinaba la mansión. Sus rizos color miel rebotaban contra sus mejillas mientras se inclinaba para ver mejor por la ventana. Para consternación de la propia Lydia, era infinitamente más consumada. A menudo, tenía que calmar las preocupaciones de su hermana menor porque ésta temía que Rebecca sufriera las consecuencias de la clara preferencia de su madre por Lydia. Sin embargo, nunca habían sido el tipo de hermanas propensas a pelearse. Rebecca no estaba celosa de la belleza de Lydia y, desde luego, Lydia no

estaba celosa de Rebecca. Rebecca había averiguado hacía mucho tiempo que había sido bendecida con una hermana de gran corazón que no era mimada ni egoísta.

—Becca, querida, alisa tu vestido. Está arrugado —le dijo su madre en un susurro frenético. Rebecca alisó su vestido rosa pálido. Su padre estaba ocupado con su reloj de bolsillo, acercándose la pequeña pieza de oro a la oreja para escuchar sus golpeteos. Su madre examinaba con mirada crítica a Rebecca y Lydia, en busca de algo que mejorar.

—Becca, debes salir primero cuando abran la puerta. Quiero que estés preparada para coger la cola del vestido de Lydia por si hay charcos.

—Mamá —la frustrada respuesta de Lydia hizo que Rebecca se mordiera el labio para ocultar una sonrisa—. Deja de darle órdenes a Becca.

—Ella tiene razón, Matilda —dijo su padre distraídamente—. Nada de dar órdenes a las niñas, por favor.

Su madre resopló y frunció el ceño.

—Damas, concentraos —les recordó su madre—. Los maridos andan sueltos y es nuestro deber capturarlos.

Luchando contra una oleada de risitas, Rebecca se esforzó por mantener la compostura. Cada vez que su madre hablaba de encontrar maridos, parecía más bien una cazadora de ciervos en pleno bosque, con un rifle apoyado en el pliegue del brazo mientras rastreaba a su presa.

Un lacayo vestido con la librea azul y dorada del duque de Wiltshire abrió la puerta del carruaje y esperó para ayudar a Rebecca a salir.

Cogió la mano que le ofrecía el lacayo y se puso en pie. Cuando estaba a punto de salir del carruaje, vio que la mirada del lacayo se desviaba detrás de ella y se posaba en Lydia. La mano firme del joven sirviente se debilitó cuando casi soltó a Rebecca en su afán por ayudar a Lydia a salir del carruaje.

Las botas de Rebecca se desplazaron en el escalón desplegable del carruaje y se tambaleó hacia adelante, maldiciendo. Sus brazos se agitaron y el mundo giró en un círculo vertiginoso antes de ser capturada y rescatada de una desafortunada caída al suelo.

Un par de brazos fuertes la rodearon. Parpadeó sorprendida cuando el hombre más apuesto que había visto en su vida la ayudó a ponerse en pie. Rasgos patricios y piel bronceada acompañados de ojos castaños la observaban bajo largas pestañas oscuras. Él miró su cuerpo con atrevimiento, y ella se quedó sin aliento mientras intentaba desesperadamente llenar sus pulmones de aire.

—¿Está bien? —su voz era ligeramente áspera, como si acabara de despertarse. Pensar en este hombre dormido en cama hizo que un extraño calor se enroscara en su vientre. Su pelo oscuro, algo más largo de lo que estaba de moda, le caía sobre los ojos. Rebecca luchó contra el impulso de apartarle el pelo suelto de la cara con el roce de los dedos. Sus labios carnosos se movieron como si fueran a hablar.

Nunca había entendido cuando las mujeres se reían y susurraban en los tocadores a la salida de los bailes sobre los efectos de los hombres apuestos. Ahora lo entendía demasiado bien. Su cabeza estaba aturdida y quería quedarse mirando esos labios durante horas. Y seguían moviéndose…

Palabras. El hombre le estaba hablando. ¿Qué estaba diciendo? Su mente se congeló en su rostro, especialmente en su boca y sus ojos, encendidos por una risa silenciosa. El atisbo de un hoyuelo apareció en la esquina derecha de su sonrisa. Ella se lamió los labios, con la garganta seca.

—¿Qué? —jadeó por fin.

—¿Está bien? ¿No se ha torcido el tobillo? —había algo en esa última pregunta que parecía divertirle; aunque Rebecca no entendía por qué.

—Estoy bien. Mi hermana…

—¡Santo cielo, Rebecca, suelta al pobre hombre! —interrumpió la voz jadeante de su madre. Rebecca soltó al apuesto caballero, y él a ella.

Algo en su pecho se tensó dolorosamente, tanto que respiró con dificultad mientras se apartaba de él. Por primera vez en su vida, se sintió presa de una sensación de voracidad. Y el objeto de su súbito deseo no podía ser más inoportuno. Este hombre debía de ser el apuesto duque de Wiltshire del que todos habían hablado la semana pasada.

Y, sin embargo, sabía que este hombre echaría un vistazo a Lydia y no volvería a mirar a Rebecca. No estaba celosa de su hermana. Lydia era hermosa, inteligente y amable, y sólo merecía que un apuesto duque la amara y la apreciara. Rebecca nunca tendría tanta suerte.

Él no es para ti. Pertenece a Lydia, le susurró de forma pesimista la vocecita en el fondo de su cabeza.

Tal vez estaba un *poco* celosa.

Sólo los cazafortunas cortejaban a damas ordinarias como ella, y ya se había hartado de ellos en los últimos tres años. Ahora era consciente de lo mucho que deseaba que alguien —*él*—, la mirara como tantos hombres miraban a su hermana.

Su madre se paró al lado de sus hijas, hizo una reverencia y la pluma gris de su turbante se marchitó en señal de respeto ante la presencia del hombre.

Rebecca estuvo a punto de reírse. Adoraba a su madre, pero, sinceramente, la mujer podía llegar a exasperarla con su constante deseo de congraciarse con los demás. Aun así, observar a su madre aliviaba parte de la punzada de añoranza que sentía, pero no la erradicaba por completo. Hizo todo lo posible por mantener la mirada baja. Sólo le dolería seguir mirando al hombre que muy probablemente se enamoraría perdidamente de su hermana menor.

—Su Excelencia, es un placer estar aquí —dijo su padre, saliendo del carruaje—. Le agradecemos mucho su invitación —se inclinó ante el apuesto lord, y Rebecca hizo una reverencia inmediata junto a su madre y su hermana.

—Al contrario —la mirada del duque se posó en el rostro de Rebecca—. Es un honor que haya accedido a visitarnos. Por favor, señor Livingston, preséntemе a su encantadora esposa y a sus hijas.

Lydia estaba al lado de Rebecca, y sus manos se tocaron brevemente en una silenciosa muestra de apoyo.

Su padre avanzó.

—Por supuesto. Le presento a mi esposa, Matilda, y a mis dos hijas, Rebecca y Lydia.

El duque se inclinó parcialmente en una reverencia de respeto. Sus ojos se movieron de la cara de su madre a la de Lydia antes de posarse finalmente en Rebecca. ¿Era su imaginación, o la estaba mirando un poco más que al resto?

Sí, claro que sí, porque ella acababa de hacer el ridículo al descender del carruaje. Probablemente pensaba que era una tonta.

—Es un gran placer conoceros, señora Livingston, señorita Livingston y señorita Lydia —el duque se enderezó e le hizo un gesto a alguien para que se acercara—. Damas, os presento a mi hermano, el señor Miles Beresford —Becca no se había percatado de la salida del hombre de la mansión hasta ahora.

Becca dejó de respirar de nuevo mientras miraba a los dos hombres uno al lado del otro.

Eran dos. *¡Dos!* Cada uno era el reflejo del otro, aunque vestían de forma diferente. El duque

llevaba un chaleco verde oscuro y bombachos color crema, mientras que su hermano vestía un abrigo azul oscuro y bombachos beige. La ropa del duque tenía un aire más refinado, mientras que la de su hermano era más discreta.

A pesar de sus rasgos idénticos, las emociones jugaban de forma diferente en el rostro de cada uno. El duque poseía una maldad juguetona en la boca que hacía pensar a Rebecca en besos robados, mientras que el rostro de su hermano mostraba una tierna dulzura.

Rebecca decidió que esta semana se dedicaría a catalogar las diferencias entre los dos hombres. Dado que ninguno de los dos estaba interesado en cortejarla, consideraría la semana como un esfuerzo científico, observándolos y deleitándose con sus descubrimientos.

Lord Wiltshire acompañó a su madre al interior, mientras el señor Beresford cogía a Rebecca del brazo. Se la llevó de allí aturdida, pero ella se percató de que la mirada del gemelo del duque se había desviado hacia Lydia, que iba detrás de ellos con su padre.

—¿Ha tenido un viaje agradable desde Londres, señorita Livingston? —le preguntó el señor Beresford. Su sonrisa era cálida y cortés. Parecía un caballero encantador, y era una lástima que este hombre no fuera el duque. Encajaba perfectamente con el temperamento amable y compasivo de Lydia. Habrían hecho una hermosa pareja.

—El viaje ha sido encantador. No sabía que su hermano vivía a sólo dos horas de Londres.

—¿Oh? —respondió el señor Beresford—. ¿Os gusta a usted y a su hermana vivir en Londres? —la mirada del señor Beresford se dirigió nuevamente a Lydia cuando entraron en el gran salón.

Rebecca no estaba segura de qué hacer. Parecía que el señor Beresford estaba tan interesado en Lydia como se suponía que el duque debía estarlo. No deseaba perjudicar las posibilidades de Lydia de conseguir una buena pareja, pero tampoco quería que el duque y su gemelo se pelearan por ella. Los hombres podían ser bastante tontos cuando se trataba de amor, y lo último que quería Rebecca era provocar un duelo entre hermanos o algún otro espectáculo ridículo si ella los engañaba. Por ahora, sin embargo, tendría que conformarse con la verdad, y rezó para que el señor Beresford conociera las intenciones de su hermano.

—Nos gusta Londres, pero también disfrutamos del campo.

—Me alegra oírlo. A mi hermano y a mí nos gusta el campo. Tengo una preciosa finca a pocos kilómetros de aquí, la residencia Beresford. Quizá mientras estéis aquí, tengamos tiempo de ir a visitarla.

—Eso me gustaría —Rebecca aceptaría montar a caballo por cualquier motivo. No había nada tan liberador como sentir el viento azotándole el pelo, o reír mientras su caballo saltaba sobre charcos y arbustos al correr por caminos que se adentraban en los bosques o a través de dorados prados.

Varios criados llegaron a escoltarlos a sus habitaciones después de que el duque les informara de que cenarían dentro de unas horas.

A Rebecca le dieron su propia habitación, que tenía una enorme cama con dosel, cortinas azul pálido y paredes amarillas decoradas con cuadros de flores. Era una habitación preciosa, y se sintió bastante mimada al saber que pasaría aquí toda la semana. Su dama de compañía, Sarah, ya le estaba preparando la ropa para la tarde.

La criada compartió una sonrisa conspiradora con Rebecca.

—¿Ha visto a esos caballeros, señorita? No se ven a menudo hombres tan apuestos como ricos.

Rebecca nunca se había alegrado tanto de tener una relación cercana con su criada. Podía hablar con Sarah de cosas de las que no se atrevía a hablar con su madre o su hermana. Un rubor

intenso en los rostros de ambas las hizo soltar una carcajada.

—Son preciosos, ¿verdad? Se supone que los caballeros no deben ser preciosos —soltó un profundo suspiro—. Sin duda, ambos se enamorarán de Lydia y, de alguna manera, tendré que arreglar el lío —su tono era un poco amargo, y un sentimiento de autodesprecio creció en su interior.

¿Es mucho pedir que un hombre se interese por mí? ¿Que me encuentre atractiva? La verdad era que no importaba lo que ella quisiera o deseara. Los hombres siempre elegían a la mujer más hermosa.

Su criada parecía no estar convencida.

—Tal vez. A Su Excelencia pareció gustarle su aspecto cuando cayó en sus brazos. Ese es un libertino. Me he dado cuenta. Le ha gustado sostenerla, señorita. Estaba tan claro como el agua.

—Creo que se sintió aliviado de que no cayera de bruces a sus pies —sin embargo, las palabras de Sarah le dieron un atisbo de esperanza; pero no le dio mucha importancia. La esperanza siempre la había defraudado. Era mucho mejor aceptar la verdad y seguir adelante. Lydia tendría que elegir entre el duque y su hermano.

Con un débil suspiro, Rebecca dejó que Sarah la ayudara a vestirse para la cena.

Dios, que esto acabe pronto. Que Lydia y el duque se enamoren para que yo pueda volver a casa. No habría más temporadas entre la *alta*, no para ella. Rebecca estaba perdiendo las esperanzas de encontrar marido. Estaba cansada de la decepción y cansada de la esperanza. Al menos cuando se trataba de amor.

* * *

—Bueno, Miles, ¿qué piensas de ella? —susurró Justin.

Miles parpadeó y volvió en sí. Estaban todos sentados en el salón y la señorita Lydia había recitado un maldito poema que lo había dormido. De algún modo, había logrado hacerlo con los ojos abiertos, pero ahora los tenía secos y le ardían. Dios, ¿cómo soportaba su hermano hacer el papel de duque de esta manera? Miles había sido duque solo unas horas y ya quería volver a casa y ahogarse en la botella de brandy más cercana.

—¿Supongo que te refieres a la pequeña criatura rubia? Es un encanto. Te deseo toda la felicidad…

Justin resopló.

—Por supuesto que la deseas, hermano. Ahora, júrame que mantendrás ocupada a la señorita Livingston durante los próximos días mientras yo conozco a la señorita Lydia —la expresión esperanzada de Justin provocó que su boca se curvara de un modo que hizo que Miles asintiera con la cabeza. Tal vez solo era quince minutos más joven, pero Miles no le negaría nada a Justin si tuviera el poder de dárselo.

—No te preocupes. Me ocuparé de la hermana cuando sea necesario —miró a la señorita Livingston. La joven estaba hojeando una pila de libros que él había dejado sobre una mesa, y sus manos recorrían los lomos de varias de sus novelas favoritas. Dedicó tiempo a ordenarlas por orden de publicación. Una dama culta; eso le gustaba a Miles. Su figura era bastante agradable, con caderas anchas y unos pechos que le llenarían las manos. Tenía el pelo castaño brillante, un color que solía ser menospreciado en favor de rizos rubios como los de su hermana. Miles se imaginó deslizando los dedos por su pelo, cogiendo los mechones y tirando de su cabeza hacia atrás para besarla…

Se sacudió. *Qué idea más tonta.* No podía pensar en acostarse con la señorita Livingston. Su

aspecto era agradable, de una manera sutil. Incluso podría considerarse hermosa, pero no podía involucrarse con una joven inocente como ella. Le gustaban más las viudas lujuriosas. Sin expectativas, sin consecuencias, y lo más importante, sin campanas de boda.

Sin embargo, Rebecca le había parecido bastante agradable durante la cena. Conversaba bien cuando los temas resultaban interesantes, pero parecía sumirse en sus propios pensamientos cuando éstos se volvían aburridos. Era algo que él hacía en ocasiones. Pero había pasado gran parte de la cena observándola a ella y a su familia. Estaba claro que Lydia era la hija favorita, tanto de su madre como de su padre. Cada vez que su madre había hecho un comentario desdeñoso, él había visto dolor en los ojos de Rebecca. Como segundo hermano de un duque, había visto favoritismo por Justin sobre él. Recordaba muy bien el escozor de eso. Y no le había gustado nada ver a Rebecca sufrirlo. Ella no merecía ninguna crítica.

—¡Becca! —susurró en voz alta la señora Livingston, reclamando de nuevo la atención de Miles hacia la joven.

La señorita Livingston se giró, con un encantador rubor resaltando sus mejillas.

—¿Sí, mamá?

—¿Por qué no tocas el arpa, querida, para que Lydia pueda cantar para lord Wiltshire?

¿Ella tocaba el arpa? Eso era interesante. La mayoría de las jóvenes se enfocaban en el pianoforte en estos días. Su madre había tocado el arpa, y a él le había encantado escucharla.

—Sí, por favor, toque —animó Miles, manteniendo su pretensión de duque.

Rebecca se sentó ante el instrumento y Lydia se inclinó para susurrarle algo. Las hermanas compartieron una sonrisa, y el leve torcimiento en los labios de Rebecca la hizo parecer astuta, intrigante… deslumbrante.

A Miles se le oprimió el pecho. Una sensación de calor casi confusa lo invadió, como si hubiera bebido demasiado brandy. ¿Cómo sería si ella alguna vez le dedicara una sonrisa completa? Estaba seguro de que en ese momento se le doblarían las rodillas. ¿Qué demonios le pasaba? Podía acostarse con una docena de mujeres en Londres ahora mismo, pero esta inocente criatura sentada junto al arpa se había apoderado de su atención y había despertado en él deseos que no acababa de comprender.

Los brillantes ojos azules de Rebecca se clavaron en los suyos cuando ella alzó las manos hacia las cuerdas. Su vestido azul oscuro parecía brillar y titilar con miles de pequeñas estrellas mientras el tul sobre sus faldas resplandecía. Era una prenda sencilla, pero que ella lucía con gran efecto. Sutilmente hermosa, justo como ella.

Entonces empezó a tocar. Era algo que él no había visto. La forma en que ella se entregaba a la música, sus elegantes dedos moviéndose con pericia sobre el instrumento, el delicado punteo creando una cascada de glorioso sonido. La luz del fuego bailaba sobre los diamantes del corpiño de su vestido y hacía brillar sus ojos mientras ella se concentraba en la música, provocando que él evocara recuerdos de su juventud. Le había encantado pasar las noches de verano al aire libre tumbado en el prado sobre una manta de lana y contemplando el parpadeo de las estrellas mientras él y Justin hablaban hasta altas horas de la noche de las cosas de las que sólo los hermanos podían hablar. Eso había sido hacía mucho tiempo, antes de que crecieran y tuvieran que vivir sus propias vidas.

Miles deseaba esa intimidad de nuevo, sólo que ahora la quería con otra persona, y quería que incluyera besos suaves y suspiros susurrados. Miró fijamente a Rebecca, incapaz de creer que ella pudiera despertar semejantes emociones en lo más profundo de su ser. No era un hombre que se dejaba llevar por esos sentimientos. Sus miradas se encontraron de nuevo durante un breve segundo, robándole el aliento a Miles.

Dios mío…

Él podría verla tocar durante días, incluso años. El alma de la joven estaba al descubierto mientras se entregaba a la pasión de su corazón, y ella no tenía ni idea de lo que le estaba haciendo a él. Imaginó sus dedos acariciándolo, sus labios pegados a los suyos mientras…

Sacudió los pensamientos lujuriosos de su mente, lo que no fue fácil. Nunca había visto una mujer tan hermosa, tan encantadora. Su pasión infundía vida a su rostro, y lo mantuvo embelesado. ¿Estaría igual de hermosa debajo de él, con los ojos brillantes a causa de un placer saciado y el cuerpo trémulo por las réplicas? Él quería saberlo; *tenía* que saberlo.

Sólo cuando la música llegó a su fin, él se percató de que no había oído la voz de Lydia. Sólo había oído la música de Rebecca, quien ahora permanecía en su cabeza con sus inquietantes melodías y las visiones de sus brillantes ojos encendidos por la pasión.

—¡Bravo, señoritas! —Justin estaba de pie, dando zancadas hacia ellas mientras aplaudía.

—Sí —Miles se puso de pie, recuperando la compostura—. Muy bien hecho.

Se lo dijo a ambas damas, pero sus pensamientos solo estaban enfocados en Rebecca. Por un largo momento, ella lo miró fijamente, con sus ojos azules tan audaces y valientes como los de cualquier hombre, pero ardientes como sólo los de una mujer podían serlo.

¿La había juzgado mal? ¿La mujer callada y sumisa que había vislumbrado durante la cena era una treta? ¿Había una tigresa debajo de ese comportamiento sumiso?

Justin puede tener a su pequeña Lydia durante todo el tiempo que desee. Yo desvelaré el misterio de la señorita Livingston.

Capítulo Tres

—Creo que el duque está interesado en ti, Becca —anunció Lydia a la mañana siguiente, con un brillo alegre en los ojos. Ambas habían bajado temprano a desayunar y estaban sentadas en el elegante comedor del duque, rodeadas de retratos de los hombres y mujeres de aspecto serio que formaban la estirpe de los Wiltshire.

Rebecca cogió una tostada mientras intentaba calmar la repentina emoción que corría por sus venas. ¿El duque podría estar realmente interesado en ella?

—Eso es una tontería, Lydia. Sabes muy bien que ambos están embelesados contigo. Lo vi cuando terminaste de cantar. Estaba fascinado —Rebecca se rio, pero salió un poco entrecortado.

Lydia hundió un cuchillo en un tarro de mermelada de naranja y ladeó ligeramente la cabeza mientras miraba fijamente a Rebecca.

—Oh, él lo estaba, pero no por mí. Becca, te estuvo mirando todo el tiempo. A mí no me miró ni una sola vez. Los estaba mirando a él y al señor Beresford mientras cantaba.

Había habido algunas ocasiones, cuando se había sentido lo bastante cómoda tocando, en las que había levantado la mirada y lo había visto mirándola, pero eso no podía significar que estaba interesado. A mucha gente simplemente le gustaba ver a alguien tocar el arpa, ya que era un instrumento difícil.

La noche anterior, ella había estado observándolo toda la velada, con la esperanza de vislumbrar ese hoyuelo travieso cerca de su boca cuando sonreía, pero él no había sonreído. No hasta que ella tocó el arpa. Por un momento él había estado con los ojos vidriosos mirando a la pared mientras Lydia recitaba unos versos, y al siguiente la estaba mirando intensamente. Rebecca había necesitado toda su fuerza de voluntad para concentrarse en la música. Pero ella era la afectada por su mirada, no él. Era demasiado apuesto. Un hombre bendecido con semejante aspecto era probablemente un libertino y, por lo tanto, no se podía confiar en que mostrara verdadero interés por ninguna mujer.

Lydia acercó su silla a la de Rebecca, deslizó un brazo por sus hombros y la abrazó.

—Quizá ve en ti lo que yo siempre he visto.

—¿Una solterona sin logros y poco agraciada? —Rebecca bromeó un poco, pero sus palabras hirieron profundamente como púas envenenadas.

Lydia apoyó una mano bajo su barbilla, adoptando una pose pensativa.

—¿Sabes? Si aprendieras a valorarte, creo que atraerías pretendientes como las abejas a la miel —un destello tortuoso brilló en los ojos de su hermana—. ¿Por qué no convertimos esto en un juego?

—¿Un juego? —Rebecca no podía entender a qué se refería su hermana.

—Sí. Te reto a fingir que eres ingeniosa y hermosa. Te *reto* a que hagas que el duque se

enamore de ti.

—Oh, Lydia, eso es ridículo. Sabes que mamá desea que tú te cases con Wiltshire.

—Sólo me casaré con Wiltshire si decido que lo deseo —replicó Lydia—. Y la Becca que conozco nunca rechaza un desafío.

Lydia tenía razón. A Rebecca no le gustaba eso. Una parte de ella se emocionó ante la perspectiva, por ridícula que fuera. Quería fingir que era como su hermana, perfecta y deseable. Siempre y cuando fuera sólo un juego, bueno, no había nada de malo en eso, ¿verdad?

—Bien. Pero entonces tú debes hacer lo mismo con el hermano de Wiltshire. El señor Beresford ha sido muy atento contigo. Nunca he visto a un hombre tan locamente enamorado —a Rebecca le preocupaba que su hermana deseara casarse con el señor Beresford. Su madre se pondría furiosa. Lydia estaba destinada a ser duquesa.

—Sí me agrada el señor Beresford. Tiene una amabilidad que me parece maravillosa —las mejillas de Lydia se tiñeron de rojo—. El duque es bastante amable, pero es como si estuviera cumpliendo un papel esperado. Cuando el señor Beresford me mira, no me siento como una mujer en un pedestal o como alguien a quien mimar o seguir la corriente. Más bien siento que él me escucha de verdad. ¿Te parece una tontería?

—Desde luego que no. Parece un buen hombre, Lydia —Rebecca se sintió aliviada al ver que su hermana parecía realmente atraída por el hermano del duque. La hacía sentirse menos culpable en caso de que el duque la considerara más interesante que Lydia.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? No debes esconderte de lord Wiltshire, y veré si el señor Beresford es para mí —Lydia esperó a que Rebecca asintiera y luego la abrazó. Salieron juntas del comedor.

Encontraron a su madre sentada en el salón, con un aro de bordar en el regazo.

—Vuestro padre está fuera viendo a Wiltshire y a su hermano jugar al volante. Vamos a reunirnos con ellos ahora que habéis terminado de desayunar. He convencido a los caballeros para que os lleven al lago a pintar esta tarde —levantó la taza de té de forma engreída—. Las cosas van bastante bien, Lydia. A menos que me equivoque, Wiltshire seguramente te propondrá matrimonio antes de que acabe la semana.

Lydia lanzó una mirada a su hermana y sacudió la cabeza antes de que Rebecca pudiera decirle a su madre que Lydia estaba más interesada en el señor Beresford.

A Rebecca se le encogió el corazón. Pintar. *Despreciaba* pintar, sobre todo porque se le daba fatal. Sin embargo, era una elección perfecta para demostrar el talento de Lydia, lo que sin duda era la intención de su madre. Cuando el duque viera lo mal que pintaba Rebecca, podría sentir vergüenza o reírse de ella, y no creía poder soportar ninguna de las dos respuestas.

—Mamá, ¿no podríamos hacer otra cosa? —Lydia expresó la pregunta que Rebecca era incapaz de hacer.

—Está bien —le susurró a su hermana. Resistirse a los planes de su madre nunca acababa bien.

—¿Ves? —dijo su madre, quitándose las migas de las manos—. Ya está decidido. Ahora comed rápido. ¡Hay maridos por cazar!

Lydia puso los ojos en blanco y Rebecca ahogó una carcajada. Su madre era como una brújula que apuntaba hacia solteros elegibles en lugar de hacia el norte.

Después del desayuno, se reunieron con los hombres en el exterior. Tanto Wiltshire como el señor Beresford corrían por el verde césped con raquetas en mano, mientras jugaban al bádminton. A Rebecca le asombraba que los dos caballeros, altos y musculosos, pudieran convertir un pequeño y delicado volante en un misil mortal. Cada vez que un hermano conseguía

un punto contra el otro, intercambiaban un alarde o una réplica que la hacía reír.

Tras estudiar detenidamente al duque y a su hermano, enumeró más aspectos en los que eran diferentes. Miles era tal vez medio centímetro más alto, su rostro era ligeramente más delgado y se movía con más precisión y concentración. Sin embargo, el duque tenía un andar de lado a lado natural y una elegancia leonina y relajada en sus movimientos que la fascinaban. Parecía estar completamente a gusto con su cuerpo y, por alguna razón, eso la ruborizó con pensamientos salvajes e incontrolables.

Rebecca se llevó el dorso de la mano a la cara y sintió el calor bajo su piel mientras observaba cómo el duque se quitaba el abrigo y lo arrojaba al suelo. Las mangas de su camisa blanca ondeaban al soplo de la brisa, y ella podía ver la forma de sus musculosos brazos donde la luz del sol brillaba a través de la fina tela.

—¡Vaya! —gritó el señor Beresford, inclinándose, con las manos sobre las rodillas mientras jadeaba—. Bien hecho, señor.

Wiltshire lanzó una mirada triunfante a su hermano, mostrando de nuevo su sonrisa perversa, pero esta vez con una dulzura que la sorprendió. Ahora era evidente la cercanía entre los dos, lo mucho que disfrutaban de su mutua compañía.

Justo lo que Lydia y yo sentimos la una por la otra.

Por un momento, tuvo la fantasía de estar casada con Wiltshire y Lydia con Beresford, y de cómo podrían pasar mucho tiempo juntas. Vivirían cerca y nunca estarían separadas mucho tiempo. Daría casi cualquier cosa por eso, por tener una vida cerca de su querida hermana. Pero era un sueño. Wiltshire no era para ella. Sin embargo, su hermana la había desafiado a ser audaz y valiente, a ser ella misma.

El duque caminó a paso tranquilo hacia las mujeres como un guerrero orgulloso y conquistador, ocupando la silla vacía junto a Rebecca. Hizo rodar el mango de su raqueta a lo largo de su delgado muslo, observándola con ojos caídos.

—¿Usted juega, señorita Livingston? —Rebecca juraría que lo vio guiñar un ojo.

—Lo hago… tan bien como cualquier dama, supongo.

—Excelente. Jugaremos mientras Miles acompaña a su hermana al otro lado del lago.

Lydia se unió a ellos mientras el señor Beresford entregaba su raqueta. El padre de Rebecca entrelazó el brazo de su madre con el suyo, con una sonrisa encantada en la cara mientras acompañaba a su madre lejos del lago, seguramente para permitir que el amor floreciera lejos de miradas indiscretas.

El señor Beresford se volvió hacia Lydia.

—He colocado su caballete junto al lago, señorita Lydia. Será un honor llevarla allí.

El rostro del hombre, tan lleno de esperanza y emoción, hizo que a Rebecca se le oprimiera la garganta. Parecía realmente encantado con Lydia. *Bien.* Su madre había dicho que el señor Beresford tenía una rica finca, la residencia Beresford, el siguiente pedazo de tierra al este. Y si lo que su hermana había dicho de él era cierto, harían buena pareja. Su madre habría preferido que se casara con el duque —o, mejor dicho, con el título que lo acompañaba—, pero eso no importaba, al menos para Lydia.

—Parece que estamos solos, señorita Livingston —dijo Wiltshire—. ¿Está preparada para afrontar su ruina en la cancha?

Una sonrisa voraz cruzó sus labios mientras apuntaba con su raqueta hacia el césped.

Un pícaro deseo de jugar y burlarse de él se apoderó de ella y, recordando el desafío de su hermana, cedió, disfrutando de la libertad que le proporcionaba ser ella misma.

—¿Mi ruina? Pedirá clemencia en unos minutos, Su Excelencia —levantó la barbilla en señal

de desafío mientras caminaba por la hierba.

—Entonces ven y lucha conmigo, pequeña amazona —se puso en posición, con el volante en la mano. Siguió sonriendo mientras lanzaba el volante como una bala.

Rebbeca chilló y saltó, pero no lo bastante rápido. El objeto la golpeó en el trasero cuando intentó correr. Un destello de rabia la recorrió, junto con algo más caliente y oscuro. Dejó a un lado ese sentimiento y recogió la bola de plumas. La lanzó al aire y la golpeó con fuerza en su dirección. Él saltó hacia un lado con un grito poco elegante.

—Y así se va la deportividad civilizada —dijo el duque.

Ella soltó una risita.

—Creía que usted quería un desafío.

—Muy bien, entonces… ¡prepárese para ser atacada!

En unos instantes, el juego se convirtió en una guerra caótica en la que el único objetivo era esquivar el volante o enviarlo zumbando para golpear al oponente. Rebecca se reía tanto que las lágrimas le nublaban los ojos, mientras que Wiltshire apenas podía respirar entre sus propias carcajadas estruendosas. Al final del juego, habían destruido varias de las delicadas bolas de plumas.

—¡Tregua, estimada dama, tregua! —suplicó, clavando el mango de la raqueta en el suelo y apoyándose en la parte superior.

—Creo que el marcador está empatado, Su Alteza; cuatro puntos para cada uno.

Ahora la distancia entre ellos era de apenas unos dos metros. Resultaba extrañamente escandaloso estar sin aliento tan cerca del duque. Becca aún sostenía la última bola de plumas, y le lanzó una última mirada diabólica antes de estrellársela con fuerza en el estómago.

—¡Oomph!

—Cinco a cuatro.

El duque fingió estar herido y se lanzó sobre ella, rodeándole la cintura con las manos.

Tropezaron y cayeron hacia atrás. Wiltshire aterrizó primero, llevándosela con él de modo que Rebecca quedó sobre él. Durante un largo momento, ninguno de los dos se movió. Su cuerpo duro y caliente yacía bajo el de ella, con sus faldas enredadas en las piernas del duque. Sus respiraciones eran el único sonido presente. Él le cogió la cara y su cuerpo se tensó bajo ella. Sus piernas se separaron y casi se sentó a horcajadas sobre él. Cuando le rozó el labio inferior con el pulgar y le separó la boca, un escalofrío recorrió el cuerpo de Rebecca. El repentino deseo de humedecer sus labios se apoderó de ella, y lo hizo, chasqueando la lengua contra el pulgar del duque. Él aspiró con fuerza.

—Dios, sus ojos. Qué azul tan brillante —murmuró con voz ronca y empezó a levantar la cabeza. El instinto se apoderó de Rebecca y bajó la boca hacia la suya. Tan cerca…

Un grito lejano la hizo volver en sí. Miró aturdida a su alrededor y notó que sus padres, su hermana y el señor Beresford ya estaban en el lago. Era su madre gritando para que se uniera a ellos. No pudo haber visto la comprometida posición en la que ella y Wiltshire se encontraban, dado que el lago se encontraba colina abajo y el césped de juego estaba protegido por setos.

—Maldita sea —el duque gimió y la apartó suavemente de él—. Le pido disculpas, señorita Livingston. Me he dejado llevar.

Se levantó rápidamente y la ayudó a ponerse en pie. Una extraña emoción empañó sus ojos, como si estuviera confundido. Rebecca no estaba segura de por qué estaba confundido. Sólo había sentido la punzada de decepción cuando no se besaron. Eso habría sido maravilloso, ella lo sabía, pero ahora no volvería a tener la oportunidad. Sin duda, él entraría en razón.

—Por favor, permítame acompañarla hasta el lago —Wiltshire le ofreció el brazo, con la

sonrisa pícara de nuevo en su sitio. Rebecca empezaba a percatarse de que esa sonrisa a veces era una máscara. Mientras habían jugado al bádminton, ella había vislumbrado otra sonrisa, una que era real, más dulce y más seductora de lo que esta sonrisa pícara y ensayada jamás podría serlo. Él había bajado la guardia con ella, aunque sólo por unos momentos.

Se quitó la hierba del vestido y deslizó el brazo entre el suyo mientras él la guiaba por el césped inclinado hacia el lago. Había dos caballetes y Lydia ya estaba pintando. El señor Beresford estaba de pie a su lado, tan atento como siempre, incluso sosteniéndole la paleta de pintura mientras hablaban animadamente de algo. Rebecca no pudo oír porque ella y el duque todavía estaban demasiado lejos.

Rebecca notó con disgusto que su propio caballete estaba bastante lejos del de su hermana. Sin duda, se había dispuesto así a propósito.

Encantador. Rebecca suspiró y ocupó el segundo caballete. Empezó a coger su paleta, pero el duque lo hizo primero.

—Permítame.

—Becca, querida, no molestes a Su Excelencia —exclamó su madre—. Lord Wiltshire, seguro que le gustaría venir a ver pintar a Lydia. Tiene mucho talento.

—Gracias, señora Livingston, pero prefiero asistir a la señorita Livingston. Mi hermano se ha ocupado de la señorita Lydia —el duque se volvió de nuevo hacia Rebecca, riéndose ante su expresión de sorpresa—. ¿Qué?

—Usted.

—¿Yo qué?

—¿No quiere ir a ver a mi hermana?

—No, no precisamente —el duque ladeó la cabeza mientras la estudiaba—. Entre nosotros, creo que usted es mucho más interesante.

—¿Interesante? —Rebecca no creía haber oído antes esa palabra aplicada a sí misma—. Lo dudo mucho, Su Excelencia.

—Claro que lo es. La vi en la biblioteca la otra noche, reorganizando libros. Ha leído bastante, ¿verdad?

—Sí.

—Me lo imaginaba. Ahora dígame qué le gusta leer mientras le veo pintar una obra maestra.

Esta vez, ella se rio.

—Cielos, me temo que usted se va a llevar una gran sorpresa —dijo y humedeció uno de sus pinceles en un poco de pintura de la paleta que él sostenía.

Sobre ellos, el cielo despejado se llenaba rápidamente de nubes azul grisáceo cargadas de lluvia. Tal vez caería una tormenta y se llevaría la devastación que estaba a punto de causar en su lienzo.

El duque permaneció a su lado, manteniéndola entretenida con una conversación cortés sobre una serie de temas que le interesaban mientras estudiaba el paisaje en busca de un tema que pintar. Se decidió por el lago y una arboleda. Eso seguramente no estaría por encima del poco talento que poseía.

—Me sorprende que no nos hayamos cruzado en la ciudad —observó Wiltshire, ocupando un taburete a su lado mientras ella empezaba a pintar.

—No soy amante de la ciudad. Al menos, no de los bailes y los compromisos sociales.

—¿Y de qué es amante? —las sedosas palabras inundaron todo el cuerpo de Rebecca con un calor vertiginoso. Podía decir que era un adulador, pero estaba eligiendo adularla a *ella*, y eso la pilló desprevenida. Se esforzó por pensar.

—La música, el teatro, las horas tranquilas leyendo al sol, montar a caballo… ¿Y usted? —enmascaró su curiosidad salpicando un poco de azul en su lienzo.

Wiltshire adoptó una pose pensativa y miró hacia el cielo, como si las respuestas estuvieran en las nubes.

—La lectura y la música, aunque evito los musicales a toda costa. Demasiadas debutantes creen que saben cantar, y algunas pueden hacer sangrar los oídos de un hombre. Podríamos haber utilizado a esas damas en Waterloo y haber doblegado a los franceses mucho antes.

Rebecca se echó a reír y dejó caer el pincel a sus pies. Wiltshire se lanzó a por él y permaneció sobre una rodilla mientras lo recogía. Su mano libre jugueteó con el dobladillo bordado de su vestido y luego se deslizó por debajo de la tela, rozando con las puntas de los dedos su pierna con medias.

Rebecca se sobresaltó. Su ligero toque se prolongó un segundo más de lo debido, provocándole un cosquilleo en todo el cuerpo, antes de que él retirara la mano y se pusiera de pie, ofreciéndole el pincel. No pudo evitar preguntarse si su mano habría seguido subiendo… Sus padres, su hermana y el señor Beresford no podían verlos debido a los arbustos cercanos. Al diablo con el escándalo; ella habría dado cualquier cosa por saber qué habría pasado si eso hubiera sucedido.

—Así que… ¿lee? —intentó centrarse al retomar la conversación, pintando apresuradamente el lienzo de gris y azul en un intento de parecer ocupada.

—Sí. Pero sólo los libros más escabrosos —le guiñó un ojo, y el corazón de Rebecca dio un vuelco al ver el hoyuelo cerca de su boca—. Me obsesionan lo gótico. Ahora, señorita Livingston, dígame. ¿Por qué ningún hombre la ha conquistado? Seguro que sus habilidades con el volante hacen que los hombres acudan volando a usted.

La franqueza de su pregunta la sorprendió y se quedó boquiabierta. Pero, en lugar de contestarle, le devolvió la pregunta.

—Si está tan ansioso por casarse, como cree mi padre, ¿por qué no corteja a mi hermana en lugar de dejar que se hermano lo haga por usted?

Las oscuras cejas del duque se alzaron y un destello de sorpresa brilló en sus ojos marrones.

—Bueno… mi hermano tiene mucho más sentido común que yo. Él no se aleja de algo bueno. Yo no soy sensato. Me atraen las cosas que me tientan —su rostro enrojeció. Deslizó un dedo bajo su pañuelo de cuello, intentando aflojarlo.

¿Cosas que lo tientan? ¿Se refería a ella o a Lydia? Rebecca miró hacia su hermana y Beresford. Sus cabezas estaban juntas y Lydia sonreía mientras señalaba algo en su lienzo. Beresford y ella formaban una bonita pareja. Otra punzada de melancolía y envidia se agitó en su pecho.

—Es un elefante extraordinariamente bien hecho —dijo Wiltshire, mirando su lienzo.

—¿Disculpe? —ella volvió a mirar lo que había estado pintando. Wiltshire señaló la forma gris y borrosa del lienzo.

—El elefante. Puedo ver claramente la trompa y… ¿Por qué se ríe?

—No es —*una risita*—, un elefante —*una risa alegre*—. Se supone que es el *lago* —pronto estalló en un ataque de risa con ella, hasta que los dos terminaron jadeando.

—Dios —gimió Wiltshire y se sujetó el estómago—. Hacía años que no me reía tanto.

—Yo tampoco —admitió Rebecca.

Segundos después, sin previo aviso, el cielo se abrió y desató una lluvia torrencial.

—¡Oh! —ella se levantó de un salto y volcó el caballete.

Wiltshire se lanzó a coger el cuadro.

—¡Su elefante!

—Déjelo. Debemos resguardarnos de la lluvia —ella lo cogió de la mano antes de pensárselo dos veces.

Sus dedos se entrelazaron con los de ella mientras él guiaba el camino.

—Por supuesto. Por aquí.

Subieron corriendo por la resbaladiza hierba verde desde lago y se dirigieron a los jardines. Sus padres, su hermana y el señor Beresford corrieron hacia la mansión. Había una pequeña glorieta blanca cubierta de hiedra trepadora y adornada con rosas de color rosa pálido. Wiltshire la cogió por la cintura y la subió por los escalones hasta el centro de la estructura. Su vestido estaba empapado y sintió un escalofrío. Él se quitó el abrigo y la ayudó a ponérselo. El aroma a sándalo mezclado con cuero le acarició la nariz. Un calor palpitante se agitó en su pecho mientras ella se acurrucaba más en su abrigo.

—Listo. Así está mejor —dio un paso atrás, con un brillo de satisfacción en los ojos—. Lamento lo de su elefante.

—¡No era un elefante! —Rebecca lo empujó con una risita. Y, de repente, algo cambió entre ellos. Sus ojos se iluminaron con un hambre que la asustó y excitó a la vez. Su cuerpo alto y cálido era demasiado tentador para resistirse. Ella echó la cabeza hacia atrás y separó los labios cuando sus miradas se encontraron.

Él la cogió, atrayéndola entre sus brazos, y le devoró la boca. El beso fue repentino y salvaje. Rebecca no tenía ni idea de lo que debía hacer, pero lo intentó todo, amando la libertad que sentía al explorarlo. Y, para su sorpresa, no sintió que él la juzgara por su falta de experiencia. En todo caso, parecía dispuesto a enseñarle.

Sus labios la provocaban, se burlaban y jugaban con los suyos, indicándole cómo responder. Ella aprendió bien cada lección, disfrutando del deseo irresistible que había intentado reprimir en vano desde el momento en que lo conoció. Las manos del duque recorrían su cuerpo, con un tacto ligero que dejaba fuego a su paso. Le gustaba cómo la tocaba, cómo le cogía un pecho, amasándolo suavemente, y cómo le estrujaba el trasero con la otra mano.

Se sintió suya, con sus manos acariciándola y sujetándola posesivamente. Deseosa de hacer lo mismo con él, Rebecca deslizó las palmas de las manos por su pecho, le clavó ligeramente las uñas en los hombros y le acarició el pelo de la nuca con los dedos. Él se estremeció contra ella y la besó con más fuerza que antes. ¿Esto estaba ocurriendo de verdad? ¿El duque la deseaba realmente?

Él le separó los labios y deslizó la lengua en su boca. Ella jadeó y se fundió con él. Introdujo la lengua entre sus labios, como demostrando lo que deseaba hacer con ella en la cama.

Todo esto era muy perverso. Se sentía lasciva y, sin embargo, si se detuviera, gritaría del dolor de perder esta intensidad. Seguramente esto no estaba bien, pero no le importaba. Esto era lo que quería. Así *debería* ser un beso. Todo pasión, fuego y un delicioso desenfreno. Esto era lo que le faltaba en la vida. La forma en que debería haberse sentido al mirar a esos caballeros en los salones de baile de Londres, pero nunca lo había experimentado. No hasta que cayó ayer en los brazos del duque.

Wiltshire los hizo retroceder hasta que la aprisionó contra un poste de madera. Balanceó sus caderas contra las de Rebecca, dejándola sentir el bulto de sus pantalones al clavarse en ella. Sabía un poco de hombres y de hacer el amor por haber escuchado a escondidas a las damas en los bailes. Estaba excitado por ella. La idea la emocionó y se ruborizó de pies a cabeza de calor y felicidad. El cuerpo de Rebecca ardía mientras estrujaba los muslos. Cuando imaginó lo que podría ocurrir entre ellos, casi sintió dolor en lo más profundo de su vientre y empezó a

humedecerse. Sus besos se volvieron frenéticos mientras intentaba acercarse a él. Si ésta era su única oportunidad de estar con un hombre como él, no la rechazaría. Al diablo la soltería.

Él gimió suavemente en su oído. Su cálido aliento agitó los mechones de pelo de su nuca y ella se estremeció.

—Señorita Livingston…

—Becca. Llámame Becca —suplicó en un susurro desgarrado.

—Becca, sabes tan dulce —la besó de nuevo, fuerte y salvaje, mientras sus manos hurgaban en sus faldas, intentando levantarlas. Estaba igual de desesperada por él, y le mordió el labio inferior antes de lamer el escozor. Sus manos se enredaron en el caos de sus faldas mientras ella le recorría los hombros, deleitándose en el placer de tocarlo y dejar que él la tocara. Mientras viviera, recordaría este momento de intimidad y el hechizo que ejercía sobre su corazón y su cuerpo—. ¿Puedo tocarte? —susurró contra su garganta.

—¿Tocarme? —intentó pensar a través del aturdimiento del deseo que él le estaba provocando mientras le mordisqueaba el cuello y le besaba la piel sensible justo detrás de la oreja—. Creo que ya estás haciendo bastante de eso.

—No te estoy tocando así —subió la mano por el interior de su muslo derecho, deslizándose entre las capas de enaguas. Cuando llegó a sus pliegues, ella casi saltó—. Así.

—¿Así? —jadeó.

—Oh, sí —dijo bruscamente, con la boca caliente sobre sus labios mientras la besaba de nuevo. Se separaron durante un breve segundo mientras ella asentía desesperada.

—Sí, tócame ahí —Rebecca abrió las piernas y, cuando él deslizó un dedo por sus pliegues entreabiertos, ella gimió con fuerza y echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos se encontraron con los de él, que se alzaba sobre su cuerpo. No volvió a hablar. En cambio, la penetró lentamente con un solo dedo, frotando su húmedo interior antes de empezar a entrar y salir con suavidad. Rebecca respiró profundamente y sus pechos se agitaron contra el corpiño mientras intentaba comprender esta repentina oleada de fuego bajo su piel. Era una sensación aterradora y estremecedora de algo que apenas comprendía y que estaba creciendo en su interior.

Se miraron fijamente a los ojos mientras él seguía explorándola, a veces enroscando un dedo en su interior hasta que encontraba un punto que la hacía tensarse y casi gritar. Wiltshire jadeaba, con los ojos oscuros y ardientes mientras saboreaba cada una de sus reacciones.

Y entonces se produjo una fuerza en su interior que pareció estallar a su alrededor, dentro de ella, a través de ella, destrozándola. Comenzó a dar vueltas, mareada e inestable. El dedo del duque no dejaba de moverse, frotando ese punto de su interior que la había vuelto loca de placer. Rebecca cerró los ojos, intentando respirar.

—Dios mío, eres preciosa cuando te corres, Becca —la voz grave de Wiltshire era ronca, e hizo que sus temblores se intensificaran.

Ella se aferró a sus hombros.

—Yo… no creo que pueda soportar…

—Te tengo, amor. Te tengo.

Algo en la forma en que lo dijo se sintió extrañamente profundo, como si pensara no dejarla ir nunca. Pero eso no podía suceder. Él apartó la mano de debajo de sus faldas y la alzó en brazos mientras se dirigía a un banco situado al fondo de la glorieta. Se sentó y la acomodó en su regazo. Rebecca apoyó la cabeza en su pecho, con el corazón acelerado mientras intentaba asimilar lo que acababa de experimentar.

—¿Estás bien ahora? —le preguntó él, acariciándole la coronilla del pelo con la nariz.

—No sé… nunca me había sentido así. Yo…

—¿Nunca te habías tocado para experimentar placer? —el tono de Wiltshire contenía una pizca de sorpresa, así que ella levantó la cabeza para mirarlo.

—Nunca había pensado mucho en ello; no hasta que te conocí —ella no había pretendido admitir esa última parte, pero se le escapó. Se sentía tan vulnerable que él podría haberle preguntado cualquier cosa y ella se lo habría dicho.

—¿Así que soy el primero en tocarte *y* tener el don de verte experimentar semejante placer por primera vez? Me has dado un gran regalo, Becca.

Apoyó su frente contra la de ella. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba sentada en su regazo y de que su erección le rozaba el trasero.

—¿Qué hay de ti? —preguntó ella, retorciéndose un poco mientras su sexo aún palpitante se agitaba de nuevo al contacto con su cuerpo.

—Estoy bien, cariño. Los mejores amantes saben cuándo dar placer sin esperarlo a cambio —le acarició la nuca con una mano, masajeándole los músculos. Se sentía tan maravilloso ser cuidada de esa manera.

—¿Becca? —el grito de su madre la sacó de las profundidades de su tranquila alegría.

—Becca, ¿dónde estás? —la voz de su padre se unió. Sonaban cerca.

El duque suspiró y sus manos se cerraron en puños contra el pelo de la nuca de Rebecca, con la frustración reflejada en su rostro. Apoyó la frente en la de ella y cerró los ojos con las pestañas oscuras abiertas en abanico.

—Desearía no tener que dejarte ir —la forma en que lo dijo sonó como si se refiriera a algo más que este momento. Como si no quisiera que ella lo dejara. Nunca. Pero eso tenía que ser una ilusión por parte de Rebecca. Un hombre como el Duque de Wiltshire no sentiría eso por alguien como ella. No cuando podía tener a quien quisiera—. Supongo que deberíamos volver —dijo con desgana, ayudándola a acomodarse la ropa. Cuando ella intentó darle su abrigo, él negó con la cabeza—. Quédatelo. Quiero que estés abrigada hasta que volvamos a la mansión —deslizó el dorso de una mano por su mejilla y le colocó un mechón de pelo húmedo detrás de la oreja.

Casi entumecida por la decepción ante la interrupción del mejor momento de su vida, se acarició los labios inflamados por el beso y permitió que Wiltshire la guiara a través de la bruma de la lluvia en dirección a la mansión. El breve fulgor de maravillosa pasión había terminado, pero Rebecca se aferró a su recuerdo y al calor que podía proporcionarle. Tal vez sería la única experiencia de este tipo que tendría en su vida.

Capítulo Cuatro

Miles deslizó las manos por su pelo mientras se paseaba por su dormitorio. Los sucesos de esta tarde eran increíbles. Había seducido a la virginal señorita Livingston en una glorieta durante una tormenta. Flirtear con inocentes no era propio de él.

Pero Cristo, él había querido a Rebecca. Había un lado de ella que era salvaje y lascivo y, sin embargo, también era tan malditamente dulce. Nunca había estado con alguien como ella. Cada beso y caricia había provocado un escalofrío de excitación en ella. La forma en que había reaccionado a su primer clímax lo había abrumado. Era fascinante como ninguna otra mujer, y no sólo por sus respuestas apasionadas. Era divertida, perversa y encantadora cuando no estaba bajo el escrutinio de su madre. Podía reírse de sí misma y disfrutar de las bromas. Y parecía que le encantaban los buenos retos.

Nunca antes lo había excitado un juego de volante. Sin embargo, jugar con ella lo había hecho jadear y ponerse duro. Sin duda, su necesidad de igualarlo golpe a golpe se trasladaría a la alcoba. A pesar de que era bien conocido como un libertino, sus otros intereses en la vida seguían siendo los mismos, y Becca parecía compartirlos. Montar a caballo, leer y jugar, ya fueran juegos o con las bromas. Siempre había preferido a las mujeres alegres y que disfrutaban de la vida, más que a las damas arrogantes que necesitaban drama y tensión en sus vidas para mantenerse entretenidas.

La idea de volver a Londres y buscar a sus habituales compañeras de cama y frecuentar las mesas de juego para divertirse le parecía poco atractiva. Tumbarse en la cama con Becca, leerle una novela gótica y hacer el amor con ella bañados por la cálida luz del sol matutino; *eso* lo atraía.

—Esto es una locura —murmuró para sí—. No puedo estar enamorándome de ella. Ni siquiera sabe que soy Miles, no Justin. Y menos después de tan poco tiempo —su hermano había hecho bien en poner a prueba el afecto de Lydia con esta farsa, pero Miles no había esperado encontrarse con la necesidad de revelar la verdad sobre su propia identidad. ¿Y si se atrevía a enamorarse de Rebecca sólo para ser rechazado por ella porque le había mentido sobre quién era en realidad, independientemente de las motivaciones? La idea lo aterrorizaba. Y nunca nada lo había asustado tanto.

Justin se apoyó en el marco de la puerta, con una expresión de suficiencia en el rostro.

—Así que es verdad. Te has enamorado de Rebecca. Lydia me ha dicho que lo sospechaba.

¿Cuánto tiempo había estado su hermano acechando en la puerta?

—Justin, tenemos que volver a cambiar, mañana a primera hora. Tengo que confesarle a Becca quién soy realmente. Yo… —tragó duro—. No quiero mentirle más, no si hay riesgo de lastimarla.

—Me alegro de que ella te guste, aunque debo admitir que no es tu tipo habitual de mujer —su gemelo entró en la habitación y cerró la puerta para evitar que alguien los oyera.

Miles frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? Lo admito, ella no es ciertamente lo que he estado buscando todos estos años, pero…

Justin seguía sonriendo.

—Quiero decir que ella es lo que necesitas. Igual que Lydia es lo que yo necesito. Espero que seas sensato y no te alejes de ella.

—No sé lo que pienso hacer, sólo necesito que ella sepa la verdad. Si hay algo ahí…

Justin asintió.

—Dame hasta mañana por la noche. Entonces podemos volver a cambiar después de la cena.

—¿Has considerado si Lydia podría estar furiosa contigo por el engaño? —preguntó Miles.

Justin guardó silencio un largo momento.

—Creo que pocas mujeres se enfadarían al saber que el hombre que desean es, en realidad, un duque. Su posición sólo mejorará con la revelación de nuestro cambio temporal. Creo que tú podrías enfrentarte a un reto mayor, dado que Rebecca podría estar pensando en ser duquesa.

Era una preocupación que Miles había intentado no afrontar. Sabía que Rebecca no era la hija favorita, pero ¿y si, durante esta pequeña actuación como duque, le había hecho albergar esperanzas de que se estaba enamorando realmente de un duque, y ahora los sueños de la mujer podrían verse frustrados? Tal vez incluso esperaba que su madre la valorara más si se ganaba el corazón de un duque.

Debido a mis mentiras, puede que ella me desprecie por lo que le he quitado al no ser lo que le hicieron creer.

Su hermano le dio las buenas noches y dejó a Miles para que se fuera a la cama. Pero el sueño no llegó fácilmente. Se quedó en pantalones y camisa, y solo se quitó el chaleco. Luego se puso la bata y salió de su habitación. Justin y él tenían habitaciones contiguas y podía oír a su hermano hablando en voz baja con su ayuda de cámara en la habitación del otro lado del pasillo. Aparte de eso, la gran mansión estaba en silencio, salvo por los crujidos y gemidos ocasionales a medida que las piedras y la madera se acomodaban en su sitio. En algún lugar del interior, su Rebecca se estaba quitando el vestido, dejando que sus enaguas se deslizaran hasta el suelo mientras se peinaba su hermoso cabello castaño oscuro. Se metería en la cama, apagaría una vela y se adentraría en el país de los sueños.

¿Soñaría con él? Miles esperaba terriblemente que lo hiciera, después de lo que habían compartido esa tarde. Ella había estado tan exquisita, tan libre en sus brazos, y todo lo que él quería era abrazarla de nuevo, saborear sus labios y recorrerla con sus manos y perderse dentro de ella. Le dolía pensar que a ninguno de sus padres parecía importarle que se sintiera sola. Su pecho ardió al recordar la expresión de sus ojos cuando había estado intentando pintar y parecía realmente sorprendida de ser llamada interesante. La pobre mujer estaba tan perdida a la sombra de su hermana que debía de sentirse invisible.

Miles deambuló por el pasillo y se dirigió hacia la biblioteca. Sin embargo, se paralizó cuando se dio cuenta de que ya había alguien allí. Rebecca. Estaba de pie junto a una de las estanterías sosteniendo una vela en lo alto mientras examinaba los títulos de los libros que tenía más cerca. Llevaba un camisón lo bastante fino como para que la luz de las velas iluminara su figura a través de la tela. Miles gimió suavemente al ver sus caderas y pechos creando unas curvas muy tentadoras bajo la prenda.

Sabía que debería darse la vuelta y volver arriba, pero al diablo con él si podía mantenerse

alejado de ella cuando parecía una tentadora heroína gótica que necesitaba desesperadamente ser seducida.

Susurró su nombre al entrar en la biblioteca.

—Becca…

Ella jadeó y se giró para mirarlo, pero pronto se relajó al ver que era él.

—¡Su Excelencia! Oh, me ha asustado —ella se rio un poco, y el dulce sonido lo hizo sonreír.

Se reunió con ella en los estantes.

—Mis disculpas. No había una forma fácil de anunciar mi presencia sin sobresaltarte — mantuvo la mirada fija en los libros, intentando no mirarla fijamente cuando ambos estaban indecentemente vestidos.

—¿También necesitaba encontrar algo para leer? —ella señaló la estantería.

—Sí. No podía dormir, así que pensé en buscar el libro más aburrido de aquí y leerlo. Ah, sí… —sacó un libro de la estantería y le dejó ver el título a la luz de las velas.

—*¿Los fundamentos de la cría de animales?* Oh, vaya. Sí, eso sí que dormiría a uno — Rebecca soltó una risita.

—¿Y tú? —preguntó Miles—. ¿Qué vas a leer para dormirte?

Ella estudió los estantes y luego sacó uno.

Él ahogó una carcajada.

—*¿La Historia de las Políticas Fiscales?* Excelente elección. Creo que me estoy durmiendo sólo de leer el título.

—Me gusta hablar de economía —admitió ella—. Pero la historia de los impuestos suena de lo más… agotador.

Miles sonrió.

—Ya lo creo —resistió el impulso de estrecharla entre sus brazos y besarla salvajemente, pero eso no le impidió hablar—. Me preguntaba si… ¿te gustaría ir a montar a caballo mañana? ¿Los dos solos? Después de lo sucedido en el jardín, entendería que dudaras de quedarte a solas conmigo, pero me gustaría mucho… —su voz se entrecortó.

Ella esperó a que continuara. El corazón de Miles latía frenéticamente y la sangre le zumbaba con fuerza en los oídos. Al final, ella tuvo que incitarlo a hablar.

—¿Sí?

—Me gustaría cortejarte, Becca. ¿Me lo permites? —Dios, él deseaba desesperadamente, pero mañana por la noche tendría que confesar su verdadera identidad, y podría perderla para siempre.

—Yo… —ella lo miró con esos dulces ojos azules, y casi lo mató—. Sí, eso me gustaría mucho, Su Excelencia.

Deseaba con todas sus fuerzas que lo llamara Miles, pero no podía pedirle eso, no cuando ella todavía creía que era Justin y él tenía que seguir fingiendo un día más.

—Entonces, si me permites, te robaré un beso de buenas noches —deslizó un brazo alrededor de su cintura, atrayéndola contra él, dándole todas las oportunidades para alejarse, pero ella se acercó por voluntad propia, con entusiasmo, y eso hizo que su corazón se disparara. Se detuvieron cuando sus bocas estuvieron a un palmo de distancia—. Dios, mujer, eres hermosa — dijo mientras se perdía en sus ojos. ¿Cómo había podido pensar que esta mujer era ordinaria? No era una belleza llamativa, era cierto, pero la belleza que poseía era eterna y potente. Cada sonrisa lenta lo hechizaba, y cada mirada soñolienta le aceleraba el pulso. La suave curva de su nariz, los suaves arcos de sus cejas oscuras; todo ello se unía de la forma más placentera. Eso le hizo

desear contemplarla durante un siglo, sabiendo que nunca se aburriría.

—No se burle de mí, Su Excelencia. Ambos sabemos que Lydia es la verdadera belleza —susurró ella, con las pestañas abanicándose sobre sus mejillas mientras cerraba los ojos, avergonzada.

Él la acarició, nariz con nariz, antes de susurrar contra sus labios:

—Eres bellísima, por dentro y por fuera. No quiero volver a oírte decir otra cosa. ¿Lo entiendes?

Ella asintió, y la besó lenta y dulcemente para que se derritiera dentro contra él. Ansiaba con todas sus fuerzas llevar a esta belleza a su cama, mostrarle lo maravillosa que ella era, pero si la reclamaba por completo antes de que supiera quién era realmente... eso sería una traición a la confianza, y destruiría cualquier posibilidad de conquistarla con su verdadera identidad una vez terminada la actuación.

Cuando sus labios se separaron finalmente, ambos compartieron una sonrisa de placer.

—Hora de dormir —susurró y miró hacia la puerta. Se aseguró de coger el libro sobre la cría de animales; de lo contrario, estaría dando vueltas en la cama toda la noche con fantasías de besar a esta mujer.

—Sí. Buenas noches, Su Excelencia —Becca sacó la vela y el libro de la biblioteca. Él se quedó mirándola en la oscuridad, sintiéndose dividido entre la esperanza y el miedo de lo que podría suceder mañana.

—Buenas noches, Becca —respondió mucho después de que ella se hubiera ido. Sólo las sombras pudieron oírle.

Capítulo Cinco

Rebecca tuvo que luchar para contener su emoción mientras seguía al duque de Wiltshire fuera de los establos. Su mozo de cuadra conducía a los dos hermosos castrados que habían elegido, uno ruano rojizo y el otro blanco como la nieve con las patas grises y la crin moteada. Rebecca enderezó su traje de amazona, contenta de ver que el castrado blanco llevaba una silla estándar.

—Me temo que no tenemos montura de amazona —dijo Wiltshire—. ¿Está bien?

—Oh, sí, por supuesto, muy bien —le aseguró ella—. Papá me deja montar a horcajadas cuando estamos en el campo. Lo prefiero así. Siempre que no le importe el escándalo si alguien nos ve.

Wiltshire le lanzó una sonrisa arrogante.

—Los escándalos son mi especialidad —le guiñó un ojo y ella se rio.

—Eso no es lo que he oído. En Londres lo consideran la viva imagen de la respetabilidad.

—No todo llega a oídos de la sociedad londinense, querida.

Cabalgaron unos kilómetros y se detuvieron en la cima de una colina que daba a una preciosa casa de piedra gris rodeada de un campo de flores silvestres. Era la vista más hermosa que ella había visto en su vida, de algún modo incluso más hermosa que la impresionante vista de la mansión Wiltshire. Rebecca decidió que, quienquiera que viviera aquí, estaba bendecido. La casa no era en absoluto pequeña, salvo si era comparada con la del duque, pero parecía más acogedora y privada. El entorno salvaje y colorido de los campos de flores y los lejanos jardines que se extendían más allá resultaban a la vez hechizantes y acogedor.

—¿Quién vive ahí? ¿Es uno de sus vecinos?

—Esa… esa es la casa Beresford. Miles vive allí. Un lugar pequeño y pintoresco comparado con la casa solariega, ¿no crees?

—Me gustan los lugares pequeños y pintorescos cuando es posible. No quiero decir que su casa no sea maravillosa, Su Alteza. Es sólo que todo ese espacio extra casi nunca se usa, a menos que sea para recibir invitados —ella no quería que él pensara que no le gustaba la casa solariega, pero un lugar como éste, el hogar de Miles, parecía ser perfecto.

—Estoy de acuerdo contigo. Miles se esfuerza por hacer que su hogar sea lo más cálido y acogedor posible —dijo el duque en voz baja.

Pero si el duque realmente desea cortejarme, y si nos casamos, este nunca sería mi hogar…

—Sigamos cabalgando. ¡Una carrera hasta el final del prado! —desafió el duque.

Ella lo siguió, riendo, inclinada sobre su montura para intentar ganarle. Por un momento, olvidó sus preocupaciones mientras se enamoraba completa e irrevocablemente del duque. Por ese momento, todo pareció posible.

* * *

Miles tenía que volver a ver a Rebecca. Después de su tarde solos, en la que habían pasado al menos una hora besándose y abrazándose en un prado, estaba desesperado por tener un momento a solas para hablar con ella. Justin había dicho que estaba listo para proponerle matrimonio a Lydia, y ambos hermanos habían decidido contarle la verdad a sus respectivas damas en privado después de la cena.

Sin embargo, la cena no había sido tan privada como él habría deseado. No con la señora Livingston intentando imponerle a Lydia toda la noche, con la esperanza de distraerlo de su hermana, un hecho que Rebecca difícilmente pudo pasar por alto. Era hora de poner fin a la farsa y revelar la verdad.

Cuando él sintió que había llegado el momento, fue en busca de la habitación de la joven. La puerta estaba ligeramente entreabierta y fragmentos de una conversación llegaban hasta el pasillo.

—Debes olvidar esta tontería, Becca. Deja de lanzarte sobre el duque. No debe distraerse si va a casarse con Lydia. Has estado metida en el camino tan a menudo que el duque no ha estado cortejando a tu hermana, sino su hermano. No podemos permitir que esto continúe.

—Mamá, está claro que Lydia prefiere al señor Beresford antes que a su señoría. ¿Por qué no puede ella…? —comenzó Rebecca.

La señora Livingston se mofó.

—Lydia no sabe lo que prefiere. Becca, querida. Te amo, pero tú y yo sabemos que no estás hecha para ser duquesa. ¿Los bailes, las fiestas y las responsabilidades? Nunca has querido esa vida. Lydia ha nacido para eso.

Las palabras ardieron en él. ¿La propia madre de Rebecca la valoraba muy poco? Nadie debería sufrir oyendo eso, y menos una mujer como Rebecca. ¿Qué sabía su madre de belleza? Ella tenía los ojos más bonitos que él había visto en su vida y una sonrisa que provocaba un vuelco en su corazón. Era amable, divertida y genuina.

—Me gusta, mamá, y creo que yo le gusto a él —la voz de Rebecca era tan suave que Miles se preguntó si él siquiera la había oído.

—Oh, Becca, querida, ¿cómo podrías gustarle? Sé que puede parecer que es así, pero no lo es. Eres inteligente y educada, querida, pero un hombre como el duque requiere a alguien hermosa, extrovertida e ingeniosa.

A Miles se le retorció el estómago. La señora Livingston creía realmente que su hija no era lo bastante buena. Y lo peor era que ni siquiera estaba siendo cruel, sino que compadecía a Rebecca por sus defectos percibidos. Necesitó toda su fuerza de voluntad para permanecer oculto mientras la señora Livingston salía de la habitación. Se ocultó en las sombras mientras la veía salir.

Cuando se hubo ido, él se acercó sigilosamente a la puerta y miró dentro. Rebecca estaba tumbada en la cama, con la cara hundida en la almohada. Su pelo castaño suelto le caía en cascada sobre los hombros. Se le escapó un pequeño sollozo, y la barrera invisible que lo había mantenido a raya se derrumbó. Él se deslizó dentro y aseguró la puerta. Ella se removió en la cama y levantó el rostro cubierto de lágrimas.

En ese instante supo que estaba enamorado de ella. Esta mujer tranquila y modesta que no era tan dichosa como su hermana en el amor paterno, a pesar del tamaño de su propio corazón. En los pocos días que llevaba con ella, él se había convertido en su defensor secreto. Y, de alguna manera, ella lo había conquistado sin siquiera intentarlo.

Se acercó a la cama.

—Becca, amor, me estás matando.

Ella se limpió los ojos y apartó la cara, con un profundo rubor coloreándole las mejillas.

—Milord, no debe estar aquí. No es apropiado. Sé que no puede desear estar atado a mí, así que no debemos continuar con esto por más tiempo. Por favor, váyase —la desesperación en su voz lo hizo sentir un dolor intenso.

—No —gruñó—. Te he dicho que deseo cortejarte. Lo decía en serio.

Lo miró mientras se acercaba a ella.

—¿No?

—No me iré. Diablos, mujer, quiero casarme contigo —le cogió la barbilla y le acercó la cara a la suya.

Sus ojos eran estanques gemelos, agitados como mares sacudidos por tormentas.

—¿Qué?

—Sé que oyes bien, Becca. Te amo y quiero casarme contigo —suavizó su mirada—. Pero antes de que me des tu respuesta, primero tengo que hacerte una confesión. Por favor, prométeme que me escucharás. Y que sepas que mis sentimientos por ti no cambiarán. Y espero que lo que tú sientes por mí tampoco cambie.

Ella asintió lentamente y se lamió los labios.

—No soy… Justin. Soy Miles. Mi hermano y yo cambiamos de lugar antes de que llegara tu familia. El verdadero duque ha estado cortejando a tu hermana todo este tiempo.

* * *

Rebecca se tambaleó. El mareo la inundó. ¿Se había enamorado del segundo hermano y no del primero? Una profunda confusión la inundó junto con otro sentimiento confuso; alivio. Nunca había querido ser duquesa; sólo sabía que quería estar con este hombre, no con el título asociado a él. Lo único que importaba era que él la amara.

Pero Rebecca tenía preguntas.

—¿Por qué? ¿Por qué cambiaría de lugar con lord Wiltshire? —preguntó mientras se secaba las mejillas, esperando que él no notara las lágrimas que su madre le había causado. Tuvo un pensamiento horrible—. Esto no formaba parte de una broma, ¿verdad?

Miles pareció repentinamente tímido y arrepentido.

—No. Ninguna broma. No fue idea mía, te lo aseguro. Tampoco se hizo en tu beneficio. Justin quería asegurarse de que Lydia pudiera amar a un hombre como él sin que tuviera un título. Ninguno de los dos esperaba que una consecuencia de este engaño fuera que yo me enamorara de ti. Nunca esperé amar a nadie.

—¿Me ama? —ella tenía que asegurarse de que no estaba soñando.

Él se sentó en la cama y se quitó las botas.

—Sí.

—¿Qué hace?

—Voy a meterme en esta cama y comprometerte tanto que tendremos que casarnos cuanto antes. Quiero que no haya dudas de que te deseo —le dedicó una sonrisa que era todo dulzura y encanto diabólico. Ella no pudo resistirse a responderle con una broma.

—¿Está seguro de que yo también lo amo?

Miles soltó una risita.

—Si no, ya me habrías echado de tu recámara.

Ella se rio.

—Cierto. Admito que me alivia que no sea duque. Nunca quise ser duquesa. Cuando vi la casa Beresford hoy en nuestro paseo, recuerdo que pensé que era el hogar que siempre había anhelado. Tal vez el destino estaba intentando decirme algo.

Rebecca no pudo dejar de sonreír cuando comprendió finalmente lo que estaba sucediendo. Miles estaba enamorado de ella, Lydia se convertiría en duquesa y Rebecca sería feliz para siempre por su cuenta.

El corazón se le aceleró y se aferró a la almohada más cercana, utilizándola como escudo mientras Miles empezaba a desnudarse. Su cuerpo desnudo era una belleza, con pendientes y las curvas de sus músculos y esa parte suya más varonil que ella nunca había visto salvo en estatuas. Él le quitó la almohada de las manos y la arrojó al suelo. Los dos se rieron y Rebecca se tranquilizó un poco cuando levantó la cabeza y lo miró fijamente a los ojos. Este hombre había abierto el pestillo de su corazón y alma, y no podía imaginar nada más espléndido que compartir el resto de su vida con él. Y empezaría por compartir su cama esta noche.

—Amor mío. Mi cielo. Mi maravillosa Becca —bajó la cabeza y la besó.

Sus palabras le infundieron valor para permitir que la desnudara. Una vez despojada del vestido, las medias, las botas y la ropa interior, ella se sentó en la cama, temblando a su lado. Le quitó las horquillas del pelo y deslizó los dedos por sus mechones antes de besarle el hombro y luego la boca cuando se volvió hacia él.

La alzó en brazos y la tumbó de nuevo en la cama, apartando las sábanas para que pudiera meterse dentro de ella. Se unió a Rebecca, tumbándose a su lado, besándola, con las piernas desnudas entrelazadas. Sentir su cuerpo duro contra sus curvas más suaves fue un estímulo sexual que ella no había esperado, y se estremeció de deseo.

Los instintos se apoderaron de ella. Sus manos acariciaron la espalda de Miles, explorando sus músculos. Él se deleitó con sus pechos y el surco de su cuello y hombros, tomándose su tiempo para explorarla. Sus manos y su boca la dejaron ardiendo tras cada roce y cada beso. Deslizó una mano por su cuerpo, separando sus muslos, y Rebecca se arqueó y siseó cuando él hundió un dedo en sus húmedos pliegues, igual que en la glorieta del jardín.

—Iré despacio. Puede doler, pero sólo un momento.

—Por favor, Miles. Te deseo —decir su verdadero nombre era extraño. Lo había considerado un duque, pero ahora tenía que recordarse a sí misma que era Miles en sus brazos, Miles en su cama.

Miles en mi corazón.

Se acomodó entre sus muslos abiertos y compartieron un beso lento y embriagador antes de abrirse paso en su interior. La penetró por completo de un rápido empujón. Rebecca le mordió el hombro para ahogar un grito, pero el dolor desapareció enseguida. Él se quedó quieto mientras ella recuperaba el aliento.

—¿Eso es todo? —susurró, extrañamente decepcionada. Había esperado experimentar el placer del día en los jardines, cuando él le había dado tal placer físico que pensó que moriría.

—Ni siquiera es el principio, amor mío —él movió las caderas en círculos y las sensaciones empezaron a explotar en su interior mientras salía y entraba. Miles inclinó la cabeza para besarla en la clavícula, y empezó a penetrarla con un ritmo lento y constante. El marco de la cama chocó contra la pared y, por alguna razón, el golpe repetitivo hizo reír a Rebecca—. Me encanta cómo te ríes —se rio con una sonrisa voraz. Luego la silenció con un beso mientras la penetraba con más fuerza y rapidez.

Su cuerpo se tensó más que las cuerdas de un arpa, cada vez más, hasta que se deshizo con un grito. Los ojos de Miles se clavaron en los suyos, y entonces su rostro se transformó en

asombro y sus facciones se suavizaron mientras se unía a ella en el éxtasis.

—Dios, Becca, no sabía que esto podía ser así.

Rebecca vio su corazón reflejado en su tierna mirada. Él presionó los labios contra su frente, la punta de su nariz, su barbilla y, finalmente, su boca. El beso era tan dulce como las palabras de amor susurradas, y pareció durar una eternidad.

—Soy demasiado pesado —dijo él con un suspiro y se apartó de ella. Al instante echó de menos su calor y la sensación de tenerlo dentro de ella. Ese punto de conexión los había cambiado para siempre. Él se acomodó bajo las sábanas a su lado, cubriéndole la cara de pequeños besos.

—¿Me amas de verdad? —preguntó ella, aún temerosa de tener esperanzas.

Él asintió.

—Más allá del pensamiento racional, corazón mío. Ya no hay forma de librarse de mí. Tu madre tendrá que aceptar que te cases con el hermano del duque.

Rebecca estaba muy feliz.

—No creo que a ella le importe.

—¿Y a ti? —le recorrió los labios con un dedo.

—Mientras me ames, no me importa quién seas —susurró.

—Nunca había estado tan cautivado por nadie. Pero has lanzado un hechizo, Becca. Soy tuyo. Nunca lo dudes —habló con una solemnidad tan profunda que humedeció sus ojos. Eran lágrimas de alegría. Confiaba en él. No podía haber dudas.

—No lo hago —el amor la llenó de manera tan plena que su corazón fue inundado por éste.

Miles la besó de nuevo, y este beso fue diferente a los demás. Más suave, más dulce. Una promesa de cosas maravillosas que estaban por llegar.

¡Muchas gracias por leer *El Gemelo del Duque*! No deje de consultar mis otros títulos disponibles aquí: https://www.amazon.es/stores/Lauren-Smith/author/B009L54KTC

Acerca del Autor

Lauren Smith es una abogada estadounidense de día y autora de noche que escribe romances osados y provocativos bajo la luz de la aplicación de la linterna de su teléfono inteligente. Supo que estaba destinada a ser escritora de novelas románticas cuando intentó reescribir toda la película *Titanic* solo para salvar a Jack de ahogarse. Su pasión es conectar con los lectores a través de la escritura de romances emotivos, realistas y sensuales, independientemente de la época. Ha ganado múltiples premios en varios subgéneros románticos.

Para conectar con Lauren, visítala en
www.laurensmithbooks.com
lauren@laurensmithbooks.com

